

OPINIÓN

POCO GUSTO

Y en otras ocasiones atentados. Cuantas más veces paso por la plaza del Ángel mayor es mi disgusto y más me pregunto si los que diseñan las obras en esta ciudad se darán cuenta de que Salamanca es distinta y merece otro tratamiento, de manera especial en zonas tan significativas donde deberían de estar prohibidos toda clase de experimentos de urbanismo. Pero es que hay más, amén de convertir un espacio sencillo en uno de los lugares más feos de la ciudad, imagino que nos habrá costado un pastón a juzgar por la cantidad de hormigón y los largos meses de espera impaciente para un resultado así. Si no fuera por la crisis que nos asfixia, le pediría al señor regidor mayor de esta hermosa urbe que mandara al lugar a una brigada de obreros con picos, palas y camionetas a levantar tanta baldosa, tanta frialdad, tanta fealdad. Aunque no nos extraña, ya permitieron en el mismo rincón cons-

COSAS VEREDAS

JOTAMAR
'ESCRIBIDOR'

sar por qué en el número 29 de la Rúa existe un agujero, es decir un solar vacío, o por qué las puertas de la Casa de las Conchas se encuentran en tan lamentable estado. Y por qué en esta misma calle se permite que un par de casas permanezcan apuntaladas durante años. Al llegar a la plaza de Anaya les sugiero que contemplen el palacio, las catedrales, la secuoya que nos regaló el alcalde **Beltrán de Heredia**, San Sebastián... Pero también la casa adosada a esta pequeña iglesia y el añadido que se le colocó encima, ilegal a todas luces, para mayor aprovechamiento de sus propietarios. Como ilegal es el casquete que corona el Archivo de la Guerra Civil en la calle



truir ese enorme mamotreto con siete alturas.

Recuerden conmigo, en un breve paseo, cosas parecidas producto del poco gusto en algunos casos y de la feroz especulación en otros. Calle Toro adelante, hacia la Plaza Mayor, observen una construcción de siete plantas donde se ubicó un establecimiento hotelero, algo a lo que se opuso un concejal de entonces al que no le quedó otro remedio que dimitir. El segundo caso nos lo encontramos en el esquinaldo de la calle Ventura Ruiz Aguilera, más conocida como la Calleja, lugar del que desapareció un bello edificio para dar paso a un moderno adfesio, dicho con el mayor de los respetos. El tercero, felizmente desaparecido con el arreglo de las cubiertas, es un atentado contra la Plaza, contra sus tejados, cuando un propietario sin escrúpulos se construyó una terraza para tomar el sol y tender la ropa en lugar tan privilegiado. Es de esperar que cuando se retomen los arreglos en las alturas vayan desapareciendo otros abusos semejantes.

Hay más casos, solamente hace falta caminar sin rumbo, distraídamente, sin ser excesivamente crítico y sin pararte a pen-

Gibraltar, ilegalidad propiciada y permitida por la administración pública. Y justo al lado, hierro y cristal cual horrendo pastiche.

Y si nos asomamos a la muralla, no olviden que allí derribamos unas casas centenarias por unos mil millones de pesetas de nada, pero dimos permiso para que alguien se construyera su vivienda, que no todos los casos o las casas son iguales, oiga. Y como volveremos a tocar el tema más de una vez, con aprovechamientos ilegales en miles de sitios y de situaciones, pues les quiero recordar, metidos en obras de poco gusto a las que este escritor llama atentados, dos a las que tengo un cariño especial. La una en la calle San Pablo, en el llamado Palacio de Abrantes, al que un desaprensivo le colocó un mirador con cristalería en su torre en los años setenta, afortunadamente mandado derribar por la autoridad competente; y la otra justo enfrente, en lo que fue cuartel de la Guardia Civil y ahora edificio de los juzgados, el mayor atentado jamás cometido contra la monumentalidad de Salamanca. Y la Torre del Clavero calla y otorga. ■

jotamarj@gmail.com

EL HUMOR DE ÁLVARO



EL ESPÍRITU DEL PUEBLO

Se ocuparon de los preparativos durante semanas. Tuvieron que reunirse a menudo para concretar el atuendo, la distribución de tareas, la disposición de cada una en los distintos mostradores, el modo más eficaz de agilizar la atención a los clientes y las ventas. No dejaron pasar ningún detalle. Se informaron incluso de la historia de cada uno de los conventos, pues de alguna manera, al vender sus productos, estaban representándolos. También la exposición fue cosa suya: trajeron de casa los objetos y enseres que les parecieron oportunos (imágenes, paños, cuadros, candelabros, reclinatorios...) y los repartieron por el vestíbulo y por el auditorio del edificio; le dieron vuelta y media al asunto, hasta que por fin, la noche anterior, acertaron con la colocación precisa.

Y el sábado, cuando se abrieron las puertas, llevaban ya un rato emplazadas cada una en su sitio, vestidas impecablemente de negro con su delantal blanco ribeteado de encaje, arregladas como para una boda, sonrientes. No dejaron de sonreír durante el fin de semana, a pesar de un horario agotador que las ocupaba mañana y tarde, siempre de pie. ¿Se extrañará alguien de que lo vendieran todo, si después de unas horas de práctica habrían podido facturar un portaaviones?

Hay, entre estas mujeres, temperamentos más bullangueros y más graves, como es natural, pero predominó en el conjunto un ambiente cálido y desenfadado, de convivencia sanota, entreverado de bromas

LOS ESQUINOS

MANUEL AMBROSIO
SÁNCHEZ SÁNCHEZ
PROFESOR DE LA USAL

y risas, del que hicieron cómplices a todos los que se acercaron hasta los puestos o esa especie de cafetería habilitada en el piso de arriba. Estas mujeres convirtieron la feria en una fiesta.

No demasiado lejos andaban sus maridos, hijos, nietos o amigos, entraban y salían para ver

públicos o de que puedan salir adelante ideas o iniciativas que serían irrealizables si no fuera por la voluntad decidida que tienen unas y otros de mirar por su pueblo. Los que nos conocen perciben este sentimiento profundo y se suman a él también de manera desinteresada. Así lo hicieron quienes cedieron sus fotos, señalaron las calles, dieron charlas o interpretaron música renacentista y barroca.

Perviven en el tiempo únicamente aquellos proyectos que



JOSÉ IGNACIO CORDÓN

cómo marchaba la cosa y dar noticias de casa. Echaban una mano para recoger y limpiar el edificio al acabar la jornada, asistían en el cuidado de las exposiciones o estaban pendientes de cualquier imprevisto. Varios de ellos, hasta tres veces, tuvieron que salir pitando a los cuatro puntos de la provincia, para reponer la mercancía. A nadie se le escuchó una queja.

Muchos de los que nos visitaron se extrañaban del grado de implicación y compromiso de estas vecinas y vecinos, como se sorprenden de que cuiden el exterior de sus casas, los bienes

son compartidos, los que, aun siendo ajenos, el pueblo hace suyos. ¿Qué se llevaron estas mujeres para su casa, al término de la feria? Nada de nada, si nos limitáramos a considerar los beneficios en términos económicos. El espíritu del pueblo (eso que los alemanes llamaron "volksgeist", desprovisto de sus penurias nacionalistas) entiende la vida desde una raíz comunal, profunda y eterna, con ventajas mucho más firmes que las dinerarias: la ayuda desinteresada al prójimo, la alegría y la satisfacción propias, en fin, el verdadero contento. ■